

do que "...la policía, en este caso por extensión se aplica a toda la gente de armas, interviene cuando la política ha fallado" (p. 157).

1968... es un libro tan indispensable para comprender a la Universidad y al Movimiento estudiantil como *La noche de Tlatelolco, El movimiento estudiantil de México* de Ramón Ramírez o *México: una democracia utópica* de Zermeño, pero el de Barros Sierra y García Cantú añade, al retrato de una de las acciones populares más vigorosas y nobles de las últimas décadas y de una generación y una Universidad que descubrieron su verdadero lugar en el país, la figura de un rector valiente, responsable y honesto, que en su individualidad fue uno de los grandes apoyos a la democratización de un Estado en rápidas vías de hundimiento en la dictadura.

Gustavo García

Javier Barros Sierra, 1968/*Conversaciones con Gastón García Cantú*, México, 1972, Siglo XXI, 214 pp.

El movimiento estudiantil de México, de Ramón Ramírez

El trabajo de Ramón Ramírez tiene mérito no sólo por haber sido uno de los primeros textos que se escribieron en relación al movimiento estudiantil de 1968, sino también porque al representar una labor seria de reflexión y de recopilación de documentos e información, se ha convertido en libro de consulta obligada para toda investigación posterior. Unos datos que pueden ayudar a comprender el esfuerzo realizado por el autor son los siguientes: el libro fue redactado durante los meses comprendidos entre noviembre y diciembre de 1968 y enero y febrero de 1969; su publicación requirió de dos tomos y en el primero, además de una exposición teórica, hay una cronología que reseña los sucesos más importantes ocurridos día a día, desde el 22 de julio, cuando hubo enfrentamientos aparentemente intrascendentes entre estudiantes de la vocacionales 2 y 5 con alumnos de la preparatoria "Isaac Ochoterena", hasta el 6 de diciembre, fecha en que se declaró oficialmente disuelto el Consejo Nacional de Huelga; en el segundo tomo se reproducen

los documentos publicados en volantes, carteles y periódicos durante los días mencionados.

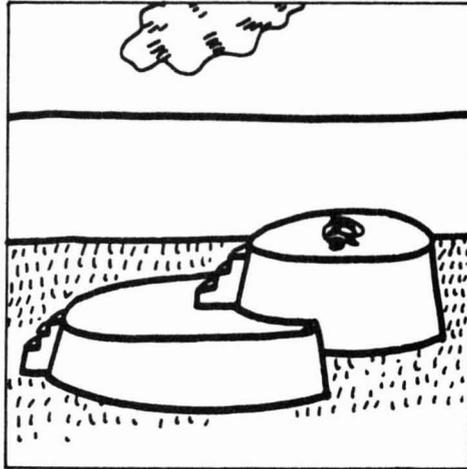
Con intención, de ubicar los acontecimientos del 68 en un contexto más amplio, Ramírez señala que la mayoría de los movimientos estudiantiles surgidos en países como Alemania Federal, Uruguay, Francia, Brasil y Estados Unidos, se iniciaron por la consecución de demandas estrictamente académicas. La respuesta que dieron las autoridades gubernamentales o universitarias a los planteamientos estudiantiles fue de condena, en un principio, y luego de abierta represión. La protesta escolar propició, en algunos casos, que otros sectores sociales participaran en las movilizaciones con reivindicaciones propias, logrando con ello la superación de los propósitos originales. Tal fue el caso de la Revolución de Mayo en Francia, cuyos antecedentes se encuentran en la lucha estudiantil por la transformación de anacró-

nicos planes de estudio, pero luego, ante la represión de que ésta fue objeto, sobrepasó sus propios límites y el movimiento se extendió a los sindicatos obreros, cuya participación permitió que hubiera nuevas perspectivas políticas.

Ramírez afirma que las rebeliones estudiantiles de la segunda década de los años sesenta, tuvieron ciertas características comunes que se encadenaban entre sí: a) fueron movimientos progresistas y democráticos; b) en su protesta había un repudio a la política imperialista de Estados Unidos, en especial por la guerra de Vietnam; c) algunos intentaron convertirse en la vanguardia revolucionaria al considerar que la clase trabajadora estaba sujeta a controles gubernamentales o burocráticos; d) había en ellos una heterogeneidad ideológica y una manifiesta espontaneidad; e) el malestar estudiantil fue propiciado, en parte, por la explosión demográfica en las universidades que devino en falta de empleo para los egresados de las mismas; f) la conciencia de que la sociedad capitalista enajena a los profesionistas. No obstante, cualquiera que hayan sido las causas o peticiones iniciales, estos movimientos significaron una crítica radical a las estructuras antidemocráticas del capitalismo. Y para el autor, las movilizaciones estudiantiles en México no escaparon a las anteriores generalizaciones.

Ramírez concibe el 68 como un movimiento que con sus planteamientos retomó problemas nacionales que hasta ahora no han sido resueltos por el sistema político vigente, ya que la eventual solución a los seis puntos del pliego petitorio (que en sí mismos no representaban una alteración o un peligro para el Estado), implicaba la manifestación de una costumbre democrática desconocida en el país. Sin embargo, ¿porqué no se intentó al menos la discusión de las peticiones, en lugar de recurrir a la represión absoluta como única alternativa política? La respuesta a esta interrogante requiere de una extensa explicación acerca de la realidad nacional, que para el autor se resume en las siguientes consideraciones:

1. El Poder Ejecutivo controla a los sindicatos, al partido oficial, a los partidos de oposición (PPS, PAN, PARM), a los poderes legislativos y judicial, a los gobiernos estatales, a los medios de comunicación, etc. Hay, pues, una excesiva concentración de poder que impide, aun al propio gobierno, adoptar actitudes flexibles y de diálogo, sobre todo en aquellas circunstancias



políticas que no están bajo su control.

2. Como la burguesía mexicana está aliada con el capitalismo norteamericano, se encuentra sujeta a presiones por parte de grupos que buscan conservar los privilegios que tienen en una economía dependiente.

3. La prensa en su conjunto, y salvo excepciones, no es un medio de información y democratización, pues está ligada a grupos económicos con intereses específicos, o bien depende totalmente del Estado.

Estos factores explican por qué la interpretación política que el gobierno hizo del movimiento estudiantil, fue el calificarlo simplemente como producto de una conspiración del exterior, encabezada por agitadores profesionales que pretendían desestabilizar al régimen. Para los estudiantes, en cambio, su lucha significaba la vigencia de una democracia mexicana, es decir, la posibilidad de que el pueblo pudiera intervenir en la actividad política del país, al margen de los partidos y sindicatos oficiales.

Lo que caracterizó al movimiento en México, fue que desde los primeros días de agosto ya existía una dirección reconocida (el CNH, que estaba integrado por representantes de las escuelas en huelga) y había establecido un programa mínimo expresado en el pliego petitorio. Así, a pesar de que en el CNH participaban delegados que sostenían diversas posiciones políticas, unificaba sus criterios en función del programa previamente aprobado por las bases estudiantiles. Este respeto a las decisiones emanadas por las asambleas escolares fue, indudablemente, la muestra de un ejercicio democrático poco común.

El autor contempla el movimiento de 68 como una continuidad y la huelga en las escuelas representaba una forma de lucha, por lo que expresa su desacuerdo con la disolución del CNH y el retorno a clases, sin haberse propuesto previamente un programa mínimo que definiera las ulteriores etapas, cuando el paro indefinido dejó de ser operante.

Ramón Ramírez, al igual que José Revueltas, afirma que una consecuencia derivada de la lucha estudiantil debería ser la transformación de la universidad. Esto es, propiciar cambios en la relación entre profesores y alumnos, que desaparezca la sujeción tradicional del que aprende hacia el que enseña, buscando una identificación crítica respecto a los temas de estudio o de investigación; sustituir el interminable y repetitivo monólogo por el diálogo y

la discusión. Igualmente se debería intentar la modificación en los sistemas de exámenes que son, en algunos casos, irracionales. Esta reforma, propuesta por Ramírez, no debería limitarse a propósitos exclusivamente didácticos, sino ampliarse para modificar las estructuras políticas y administrativas de la universidad. De esta manera, el concepto de autonomía no debería expresarse únicamente como la defensa del derecho a la libertad de cátedra, investigación y difusión de la cultura, sino concretarla en alguna forma de cogobierno en el que participaran todos los sectores de la comunidad.

Para el autor, los principales logros del movimiento de 68 fueron: a) El haber creado en el país una nueva conciencia democrática; b) el propiciar en sectores obreros la búsqueda de una organización en sindicatos independientes; c) que el estudiante haya emergido en México como una fuerza política; d) que el movimiento lograra la

adhesión y la solidaridad de sus compañeros de otros países.

Bernardo Lima

Ramírez, Ramón, *El Movimiento estudiantil de México*. Editorial ERA, 1969. 2 Tomos.

Los días, los años, la cicatriz

Aunque el movimiento Estudiantil de 1968 ha dejado de ser "preocupación nacional" desde el remate sufrido en junio de 1971, la cantidad de libros publicados y vendidos que se refieren a los sucesos de la lucha estudiantil le confiere a ésta una relevancia que la mordaza del olvido institucional no ha silenciado. La exitosa venta del libro de Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco* (Ed. Era), hace evidente la resonancia no sólo del interés vigente sino también del punto de vista que miles de lectores distinguen si no es que comparten.

El sentido que puede tener el comentario del libro de Luis González de Alba, *Los días y los años** a diez años de los días y a siete de su publicación, no es solamente el desempolvamiento en el aniversario, sino también la necesidad de valorar uno de los libros que deben quedar para releerse a la distancia.

Si en septiembre y octubre de 1968, cuando las aulas se habían vaciado a las calles, se acreditó por amplio margen aquello de que la realidad no espera a la teoría y el posible esclarecimiento de lo que estaba sucediendo no provendría de la exégesis sino de la participación, la bibliografía que se refiere al Movimiento surgió en estos diez años, parece seguir —al sentir de muchos— a la zaga de los acontecimientos sin alumbrar aún el libro que venga a dar fin a la incertidumbre y al azoro que se encienden todavía en la retrospectiva. No han faltado trabajos que se postulen como develadores del misterio. Tampoco han sido los mejores, pero muestran una tendencia que está latente: la intención de descubrir (o fingir descubrir) la verdad, si no absoluta, confiable por lo menos. En este tono, la primera edición *Tlatelolco 68*, de Juan Miguel de Mora (Editores Asociados, 1973), que reza en su portada un suprimible "¡Por fin toda la

